

CUENTO
JESUCRISTO (CASI) VISITA A LOS MORMONES



por Ryan Shoemaker

<https://www.sunstonemagazine.com/almost-visits/>

El obispo mormón Bruce Horkley, del Barrio Cuatro de Burbank, estaba sentado en su escritorio, ensayando en voz alta para la reunión sacramental que presidiría en treinta minutos. Quería que su entrega de los anuncios semanales fuera perfecta y espiritualmente evocadora. “Y el jueves por la noche, la Sociedad de Socorro tendrá un proyecto de acolchado”. Se aclaró la garganta. El timbre de su voz debe sonar solemne y apostólico. “El desayuno de panqueques de los Boy Scouts para recaudar fondos será este sábado a las nueve”. Disminuyó su ritmo para enfatizar cada sílaba, como si cada palabra vacilante, sin importar cuán mundana, cargara un peso en su alma que pudiera traer lágrimas a sus ojos en cualquier momento. “Y la campaña de donación de sangre de la Cruz Roja tendrá lugar el próximo jueves en el edificio de Riverside. Todos los donantes recibirán un cupón para un helado gratis de Baskin Robbins”. El obispo Horkley levantó la barbilla y fijó los ojos entrecerrados en el techo, con la boca ligeramente abierta, una expresión entre euforia e indigestión en la que había estado trabajando durante el último mes en el espejo del baño.

De repente, hubo tres golpes suaves en la puerta de la oficina.

El obispo Horkley sonrió, felicitándose en silencio por la previsión de cerrar la puerta con llave. Hace un mes, su primera decisión administrativa

como nuevo obispo fue dejar de pagar el paquete de cable premium de la hermana Peterson. Dale Carney, segundo consejero del obispado, había defendido el caso de la anciana: “Tiene ochenta y ocho años, obispo; vive con un ingreso fijo y no tiene familia en ochocientos kilómetros. Ella se siente un poco sola. Mantiene la televisión encendida todo el día solo para sentir que alguien está en casa con ella”. El obispo Horkley sacudió la cuenta del cable en su mano. “¿Pero el paquete de cable premium?” le preguntó. “HBO. Cinemax. Showtime. ¿Qué hay de malo con el cable básico? ¿Qué hay de malo con las repeticiones de Bonanza y de la televisión pública? ¿Has visto la calidad de la transmisión pública? Antique Roadshow. Esta vieja casa. Nueva cocina escandinava”. El obispo Horkley dejó caer el puño sobre su escritorio. “Hermano Carney, ¡estos son los fondos sagrados del Señor!”

La hermana Peterson había llamado una semana después, rogándole al obispo que al menos la dejara terminar la última temporada de Juego de Tronos antes de que le interrumpiera el servicio. El obispo Horkley no se conmovió. Y ahora sospechaba que la anciana estaba pasando por su oficina de la iglesia para discutir su caso en persona.

Hubo tres golpes más en la puerta. Y luego, como si actuara con una mano invisible, el mecanismo de la cerradura hizo clic y la manija de la puerta giró. Un hombre barbudo, con el cabello castaño partido por la mitad, estaba parado en la puerta. Llevaba sandalias y lo que parecía ser una bata de baño blanca.

El obispo Horkley se levantó de detrás del escrito-

rio, su mano rozando involuntariamente su cabeza calva y moteada, un hábito que tenía cuando veía a un hombre con cabello exuberante.

“Disculpe”. El obispo le dio a sus palabras un filo de pedregal, esperando que este hombre, obviamente sin hogar y ciertamente loco y sin duda buscando unos cuantos dólares, captara la irritación en su voz.

El obispo Horkley sospechaba que se estaba hablando en las calles sobre el nuevo obispo mormón en Burbank, susurrado a través de las enredaderas o escrito en deslucidos puestos de baño. Durante el último mes, habían venido en masa —locos, desamparados, indigentes— todos los domingos, con la esperanza de encontrar a alguien fácil de manipular y una ayuda. Hubo un hombre sin piernas en una silla de ruedas pintada con rayas rojas de carreras, una anciana trastornada con un gatito en su bolso que ocasionalmente sacaba y lamía, y toda una familia de gitanos, gitanos reales con dientes de oro y acordeones, que solo necesitaban algo de dinero, no mucho, dijeron, para comprar un reproductor de Blu-ray. “Lo siento”, el obispo Horkley les había dicho a todos con una firme finalidad, “pero estos son los fondos sagrados del Señor”.

El hombre barbudo no dijo nada; con una media sonrisa, miró al obispo Horkley con ojos marrones, amables, o locos, que de un vistazo lo absorbieron a él y a la oficina entera. La mirada inquietó al obispo Horkley, quien comenzó a preguntarse si este hombre había abierto la cerradura y había entrado en su oficina para robar algo, o incluso para hacerle daño físico.

“¿Está buscando a alguien?” preguntó el obispo. Su corazón latía con fuerza contra su camisa blanca recién planchada.

“Te estoy buscando a ti”, dijo el hombre. “¿No me reconoces?”

Un sudor húmedo cubrió la calva del obispo Horkley. Apretó sus glúteos, en caso de que tuviera que saltar encima del escritorio y abrirse paso a través de la puerta de la oficina. Había escuchado sobre esto antes: un caso de una persona sin hogar en estado de abandono a quien se les negó una ayuda, y regresó para buscar venganza. Miró al hombre, quien parecía vagamente familiar, tratando de ubicarlo. ¿Había venido el mes pasado para pedir ayuda? El obispo Horkley no podía recordarlo.

“¿Lo conozco?” preguntó el obispo.

“Bueno, eso espero”, dijo el hombre. Entró en la oficina y, con un rápido movimiento de un dedo por el aire, la pesada puerta se cerró. Entonces el hombre dio vuelta sus manos para mostrar sus palmas. “Soy Jesucristo”.

El obispo Horkley miró boquiabierto las marcas de los clavos. “Señor, lo siento tanto. No te reconocí ...”. Y entonces un pensamiento lo golpeó. Se giró para mirar por la ventana de su oficina. “¿Es esta la segunda venida?” le preguntó. “¿El fin de los tiempos? ¿El juicio final?” El obispo contempló la gran extensión del valle de San Fernando superpuesta con una neblina dorada de contaminación y partículas. A lo lejos, los parabrisas de los autos parpadeaban brillantemente en la ruta I-5. Los aviones partieron del aeropuerto Bob Hope. El cementerio Forest Lawn parecía plácido

y pastoral, con cuerdas de agua plateada arqueándose desde los aspersores. No había tumbas abiertas ni muertos resucitados. No había fuego sobre las colinas de Hollywood. No había jinetes oscuros galopando por Sunset Canyon Drive. El obispo Horkley se sintió aliviado de que no fuera el fin del mundo: solo llevaba un mes en su llamamiento de cinco años como obispo.

Jesús se rio. “Todavía no es el final, aunque siempre me preguntan lo mismo. No, a veces me gusta salir a visitar a mi rebaño”.

“Ya veo”, dijo el obispo Horkley, sin conocer el protocolo apropiado para usar con las visitas divinas. ¿Debía ofrecerle su silla acolchada de cuero con respaldo alto y tomar una de las sillas de madera que recubrían la pared de la oficina? La apariencia de las sillas de madera, las rayas oscuras poco atractivas de grano de roble lacado y los ángulos agudos y perfectos de los reposabrazos le enviaron un destello de dolor caliente al muslo derecho del obispo Horkley.

El obispo apoyó causalmente una mano en el respaldo de cuero de su silla, un gesto sutil y patentado. ¿Y por qué Jesús necesitaría una silla suave, pensó? Como un ser resucitado, ¿no podría sentarse cómodamente en una cama de clavos?

“Entonces”, dijo el obispo Horkley, tratando de llenar el silencio.

“¿Puedo sentarme?” preguntó finalmente el Señor, señalando una de las sillas de madera.

El obispo Horkley se sintió aliviado. “Por supuesto. Por favor”.

Jesús se sentó y cruzó las piernas. “Quiero asistir

a tus reuniones hoy. Quiero instruir y bendecir a los miembros del Barrio Cuatro de Burbank”. Jesús levantó los brazos. “Si su fe es suficiente, tal vez hasta haga algo de sanación”.

El obispo Horkley estaba distraído. No pudo evitar mirar la larga barba y las sandalias de Jesús. Nunca se le había ocurrido que el Salvador de la Humanidad se pareciera tanto a su maestro de tercer grado, el Sr. Blum, un hippie barbudo, con sandalias y al que le gustaba tocar el banyo, un alumno de U.C. Berkeley, quien los había hecho marchar alrededor del patio de recreos cantando canciones tristes de Peter, Paul and Mary. Incluso cuando tenía ocho años, al obispo no le gustaban las inclinaciones liberales y contraculturales del hombre.

“¿Te quieres quedar para las reuniones? Preguntó el obispo Horkley. “¿Las tres horas?”

“Sí. Creo que los miembros del barrio lo disfrutarían”, dijo Jesús.

El obispo Horkley asintió. “Señor, déjame decirte que tu presencia entre nosotros, no solo en espíritu, sería una gran bendición, algo que nunca se olvidará, estoy seguro”. Aspiró una bocanada de aire y la soltó con un gruñido bajo. “Sólo que...”

“Estás preocupado por tu congregación”, dijo Jesús. “¿Sientes que mi presencia divina podría abrumarlos al principio?”

“Oh, no, no, nada de eso”, dijo el obispo Horkley. “En el último mes, les hablé con un puño de hierro, les dejé bien en claro a los miembros la necesidad de reverencia, puntualidad y modestia, del estudio diario de las escrituras y de la oración, de lo contrario se enfrentarán a la condenación.

No, Señor, creo que son dignos de tu presencia. Es solo que... Me pregunto si lo que llevas puesto, aunque estoy seguro de que estaba muy de moda en la antigua Palestina, podría distraer un poco. Estoy preocupado por algunos de nuestros diáconos más jóvenes e impresionables. Me llevó un mes entero hacer que usen un traje completo y un chaleco. Si ellos te ven, seguro que el próximo domingo voy a tener a una docena de diáconos en la iglesia en batas de baño y sandalias. Y la barba. O sea, no es como si en tu día pudieras correr a la farmacia en Nazaret para comprar una Gillette Fusion. Pero me temo que los sacerdotes verán la barba como una licencia para convertirse en Grizzly Adams. Sin ofender, Señor. Estos niños simplemente no entienden el contexto histórico. Esa es mi humilde preocupación”.

Jesús tiró de su barba. “¿Distraerlos? ¿Te parece?” “Sí, señor”, dijo el obispo Horkley. “Si pudiéramos moverlo un poquito hacia el siglo XXI”. El obispo buscó en un cajón del escritorio y sacó un puñado de corbatas, cada una sellada en una manga de plástico transparente y estéril. “Los compré en una caja de descuento en Walmart. Diez corbatas por diez dólares. ¡Un ofertón! Di lo que quieras de los chinos, pero hacen muy buenas corbatas”. El obispo deslizó una sobre el escritorio. “Creo que el rojo es un buen color para ti”.

Jesús miró la corbata con recelo. “Bueno, está bien. Gracias”. Se aclaró la garganta. “Entonces, tuve esta idea. Para la santa cena, quiero hacer un milagro: quiero hacer que un pan aparezca de la nada. Siendo el Pan de vida, creo que los miembros apreciarán el simbolismo del gesto. Luego partiré y bendeciré el pan.

“Wow”, dijo el obispo Horkley. “¡Eso sería memorable!” Luego se miró las manos. “Sólo que...”

Jesús levantó las cejas.

“No sé cómo decirlo”, dijo el obispo, quitando una mota de polvo del escritorio. “Es que, me preguntaba, Señor, si este pan milagroso podría ser, digamos, integral, sin gluten y orgánico. ¿Tal vez un arroz integral o quinua? Incluso me siento tonto pidiéndote, pero la hermana Kipner me va a matar si una sola molécula de gluten pasa entre los labios de sus gemelos”.

“¿Que estás diciendo?” Preguntó Jesús.

El obispo Horkley se fregó las manos. “Si no es mucho pedir, Señor, ¿podríamos seguir con el pan orgánico de tapioca de Whole Foods que hemos estado usando?”

“¿Entonces, no milagro de pan?” La voz de Jesús se elevó una octava.

“Sería menos problemas, para mí”, dijo el obispo Horkley. “Menos quejas, menos distracciones mientras trabajo humildemente para llevar a este rebaño de regreso a tu presencia. No tengo el estómago para otro discurso de la Hermana Kipner sobre la inflamación estomacal, la permeabilidad intestinal y las heces malolientes”.

“Bueno... está bien”, dijo Jesús, mirando fijamente el escritorio. “Entonces tendré que transmitir mi amor infinito y eterno cuando me dirija a la congregación. Estos son ciertamente tiempos difíciles. Muchos están luchando en este momento, física, espiritual, emocional y financieramente. Puedo escucharlo en sus oraciones. Están preocupados por el crimen, el desempleo, el

calentamiento global, la sobrepoblación, el control de armas, los costos de la atención médica, la inmigración ilegal, la guerra biológica, el terrorismo, la sequía, los terremotos, los payasos, la infidelidad, los robots”.

El obispo Horkley asintió con seriedad, pero de repente se distrajo con un sonido delgado y apenas audible desde el zócalo detrás de su escritorio, un sonido como un par de dientes diminutos royendo la madera. Los dedos del obispo Horkley se enroscaron en puños apretados. ¡Una rata en la casa del Señor! ¡Impensable!

“El abuso de medicamentos recetados”, continuó Jesús, “escuelas que no funcionan, seguridad social, acoso cibernético, disfunción eréctil”.

“¿Es un mensaje largo?” El obispo Horkley preguntó en voz alta, con la esperanza de asustar a la rata.

“¿Qué?” dijo Jesús.

“Quiero decir”, el obispo tamborileó con los nudillos en el escritorio, “¿cuántos minutos? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Diez? Es solo que elegiste un domingo complicado para visitarnos, Señor; aunque estoy muy contento de que estés aquí, tan honrado por tu presencia. Verás, le pedí al hermano y a la hermana Spears que hablaran, y si no les doy cada segundo que les prometí, lo escucharé durante los próximos tres meses. Estoy seguro de que sabes qué dolor en el tuchen que son”. El obispo Horkley chasqueó los dedos. “Oye, me pregunto, Señor, si solo tu santa presencia sería suficiente para transmitir ese mensaje de amor y esperanza. Ahora puedo verlo: estás sentado en el estrado, proyectando bondad y amor, pero nunca pro-

nunciando una palabra, solo una lágrima o dos deslizándose por tus mejillas. Incluso podría inclinarme y poner mi brazo sobre tu hombro. Eso realmente causaría una gran impresión”.

“¿Solo sentarme y no decir nada?” Preguntó Jesús.

“El silencio es la mejor respuesta de la verdadera sabiduría”, dijo el obispo Horkley. “Creo que fue Ronald Regan. Poderosas palabras del Gipper”.

Jesús descruzó las piernas. “Bueno, ¿qué tal después de la reunión sacramental? Pensé en visitar a los niños de la Primaria. Ya sabes, algo así como lo que hice durante mi ministerio terrenal”.

El obispo Horkley sacó un pañuelo blanco del bolsillo del pecho. “Esa historia me impacta cada vez”. Se secó los ojos húmedos. “Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”.

“Sí, exactamente”, dijo Jesús, deslizándose hasta el borde de su silla, su voz animada. “Quiero tomar a los niños en mis brazos, poner mis manos sobre ellos y bendecirlos.”

El obispo Horkley levantó la palma. “No se toca”.

“¿Qué?” Los anchos hombros de Jesús se desplomaron.

“No abrazos. No sentarse en la falda. Es mejor no tocarlos”, dijo el obispo Horkley. “Los padres se asustan con ese tipo de cosas. Y recuerda abrir la puerta del aula para que podamos monitorear lo que está sucediendo. Es política de la iglesia”. El obispo Horkley dio unas palmaditas en el Manual 2 de la Iglesia, que estaba en la esquina del escritorio. Su cubierta de merlot y su acabado liso lo reconfortaban. Sentía la misma comodidad con

los densos manuales de seguros que estudió en el trabajo, todos los procedimientos, políticas y reglas que protegen contra el caos.

El obispo Horkley apoyó los codos en el escritorio y se inclinó hacia delante. “¿Y supongo que te has vacunado contra la tos ferina?”

“Bueno, no”, dijo Jesús, con la cabeza en alto, los ojos muy abiertos y perplejos, “pero soy un ser resucitado. ¿No basta con eso?”

“Sí, ya sé”. El obispo Horkley sacudió la cabeza. “Pero díselo a la hermana Franklin, nuestra presidenta de la Primaria, y a sus seis hijos, que nunca han probado el azúcar, y a su esposo inconformista con esa barba horrible, sin ofender, Señor. La familia entera está loca. Juro que sienten que Dios los puso en esta tierra verde con una agenda liberal para educarnos sobre las enfermedades transmitidas por el aire y el cromo 6 en el agua de la ciudad, y las partículas de escape que envenenan las casas alrededor del aeropuerto. De eso es de lo que hablan. Siguen amenazando con mudarse a las Montañas Rocosas. Ojalá”.

“Entonces, ¿no hay bendición para los niños?” dijo Jesús.

“Piensa en el peligro legal”, dijo el obispo Horkley. “De todos modos, estos niños son tan sensibles y se asustan fácilmente, tienen tanto miedo de cualquier cosa nueva. Van a gritar que hay un extraño peligroso en el momento en que entres por la puerta.

“¿No crees que me reconocerán?” dijo Jesús. Parecía herido.

“Bueno, tal vez algunos de los niños mayores”,

dijo el obispo. “Pero incluso eso es problemático. Es como Santa Claus. ¿A qué niño no le encanta la idea de un hombre gordo con un traje rojo bajando por la chimenea con un saco lleno de regalos? ¿Pero un hombre gordo con un traje de Papá Noel en el centro comercial de Burbank? ¡Aterrador!”

“¿Crees que los asustaré?” Preguntó Jesús.

“La barba, la túnica y el pelo largo”, dijo el obispo Horkley. “Temo que sí. Apuesto a que piensan que eres un hombre sin hogar que viene de la calle”.

“Tenía muchas ganas de ver a los niños”, dijo Jesús.

“Bueno, tal vez podamos hacer algo”, dijo el obispo Horkley. “Quiero decir, viajaste mucho”. Se tocó la barbilla pensativamente. “¿Qué tal si voy a la sala de Primaria, les digo a los niños que tenemos un visitante especial, luego abro las cortinas y estás afuera de la ventana, saludando y tirando besos? Y luego haces como Mary Poppins y te alejas flotando”.

“No sé”, dijo Jesús. “Suena cursi”.

“Tonterías”, dijo el obispo Horkley. “A los niños les encantan esas cosas. Este es el sur de California, Señor. Estás compitiendo con el mundo mágico de Harry Potter y Disneylandia. Aún mejor si puedes disparar rayos láser de los ojos y lanzar un par de bolas de fuego. Eso los impresionaría”.

Jesús se rascó la nuca. “Tengo la sensación de que no me necesitas”.

El obispo Horkley dejó escapar un largo suspiro, como si concediera algo. Agarró firmemente los

reposabrazos acolchados de la silla. “Señor, aparte de un par de excéntricos en el barrio, estoy manejando el barrio de manera muy organizada. Deberías ver a los miembros después de la reunión sacramental. No dicen una palabra; salen de la capilla en silencio con las cabezas inclinadas y los brazos cruzados. Los he convertido en personas temerosas de Dios. Eres un hombre ocupado, y no quiero perder tu tiempo cuando las ovejas perdidas están ahí fuera. Pero realmente aprecio tu visita”. El obispo Horkley se levantó y se dirigió hacia la puerta de la oficina.

Jesús también se puso de pie.

“Personalmente”, dijo el obispo Horkley, inclinándose hacia el Salvador y medio susurrándole. “Creo que tu tiempo sería mejor ocupado en el Barrio Dos de Burbank. Debería ver a esas personas después de la reunión sacramental, estrechándose la mano, abrazándose, hablando, sonriendo. ¡Nunca había visto tanta irreverencia! Y ese nuevo obispo con las gafas. He oído que algunos miembros del barrio lo llaman por su primer nombre. ¿Puedes imaginarlo? La falta de respeto”.

“¿Entonces no hay nada que necesites?” Jesús preguntó, arrastrando los pies por la puerta. “¿Nada que pueda hacer?”

El obispo Horkley sacudió la mano. “Estamos bien. Pero fue genial conocerte finalmente. ¡Gracias por pensar en nosotros! De verdad”.

El obispo cerró la puerta y se quedó allí, con la mano apoyada en el mango curvo de latón. Tal ardor llenaba su pecho, tanta paz y alegría, por poder informarle personalmente al Hijo de Dios

de que todo estaba bien en este pequeño rincón de Sion.

Dio un paso hacia su escritorio, con ligereza en los pies, como si estuviera levitando. Por costumbre, se pasó la mano por el cuero cabelludo sin pelo, pero se detuvo y se volvió de repente. ¿Qué había preguntado Jesús antes de irse? ¿Había algo que el obispo necesitaba? ¿Algo que el Salvador pudiera hacer? ¡Por supuesto! Su mano salió disparada hacia la manija de la puerta. Habían pasado cuarenta años desde que había saboreado el peso sedoso de una cabellera llena. Después de todos sus años de dedicación y servicio al Reino, ¡se lo merecía!

El obispo Horkley abrió la puerta, jadeando de anticipación.

Pero el Salvador ya se había ido.